

CHARLES-GEORGES LEROY Y LOS ORÍGENES DE LA ETOLOGÍA ILUSTRADA¹

El término *etología* es de uso antiguo y proviene del griego *ethos*, carácter interno y *logos*, ciencia. Pero es un zoólogo, Isidore Geoffroy St.-Hilaire (1805-1861) quien lo acuña en un significado cercano al moderno, en 1861², dos años después de la aparición de *El origen de las especies* de Darwin. Isidore era el hijo del connotado biólogo, Étienne (1772-1844), padre de la teratología³ y de las teorías actuales Evo-Devo (Evolution-Development) que se centran en el estudio del desarrollo del embrión. Isidore fue también profesor del Museo de Historia Natural de París, como su padre (Martínez & Montiel, 2013b), y promotor de la *Sociedad Imperial de Aclimatación* – sociedad que deseaba aclimatar en Europa a especies exóticas de uso económico u ornamental–, escribe una verdadera enciclopedia del saber biológico de su tiempo. Paradoja del esfuerzo, su libro está casi en el olvido y el trabajo contemporáneo de Darwin tuvo el éxito que sabemos. Isidore lo cita al final de su tercer y último tomo, póstumo.

En todo caso, es en ese libro donde Isidore propone a la etología como el estudio de los animales en su medio. Como podemos ver, esta definición lo hace más cercano de lo que hoy conocemos como ecología, término acuñado por Haeckel (1834-1919)

¹ Dr. Jorge Martínez-Contreras, Depto. de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), *campus* Iztapalapa; Dr. Augusto Jacobo Montiel-Castro, Depto. de Ciencias de la Salud, UAM, *campus* Lerma.

² *Histoire naturelle générale des règnes organiques*, 1854-1862 (póstumo), en 3 vols. Todas las traducciones del francés al castellano son nuestras, a partir de las obras originales.

³ Estudio de los “monstruos”. Término también acuñado por Isidore. Étienne había clasificado los “monstruos” humanos en categorías biológicas: sirenoides, cíclopes, anencéfalos, etc.

unos años después, en 1869, mediante una palabra donde reunió los conceptos de *oikos*, casa y *logos*, ciencia.

En los años 1930, los padres de la etología contemporánea, Karl Lorenz (1903-1989) y Nicolaas Tinbergen (1907-1988), descubren el concepto que es mencionado en los *media* de manera no precisa –no lo acuñan ellos– y le dan el uso que conocemos ahora: como el estudio del comportamiento natural animal. Es interesante señalar que la evolución actual de la etología la acerca cada vez más a la ecología, pues el comportamiento natural de los seres es parte íntegra de los ecosistemas. Tenemos así que el uso contemporáneo de etología como *eto-ecología*, se aproxima más que nunca a la intuición original de Isidore.

Pero ¿quiénes pueden considerarse precursores, ya no de la invención del término, sino del estudio propiamente etológico de los animales en su medio natural?

En este trabajo –parte de un estudio más amplio sobre la etología durante la Ilustración Francesa (aunque el término, recordemos, no existía todavía)– nos centraremos en el análisis de algunos aspectos de la obra de Georges-Charles Leroy (a veces escrito como Le Roy también).

Las dos grandes ilustraciones del siglo 18, la escocesa y la francesa, buscan ambas apoyarse sobre la ciencia para el estudio en general, y para el conocimiento de la evolución y de la posible estructura ideal de las sociedades humanas, en particular. ¿Es el estudio de los animales interesante para dichos fines? Lo es sin duda para los pensadores ya llamados “materialistas”, pero sin duda no lo es para la corriente

heredera de Descartes, autor que opinaba que los animales eran simplemente máquinas incapaces de pensar.

El cargo al servicio del rey que tenía Leroy era el de lugarteniente de las cacerías reales en los parques de Versailles y de Marly, y este puesto lo había heredado de su padre. Tenía fama de ser un don Juan de las mujeres campesinas de los parques cuya caza cuidaba, pero también era un intelectual. Había sido amigo de Helvecio⁴ desde la infancia y, más claramente, era un lector asiduo de Condillac; conocía también perfectamente los libros de Buffon, autor con el que menos se identificaba, como lo señalaremos más adelante. En resumen, era un intelectual que, al estar al servicio real y al tener un puesto menos prestigioso que el de otros intelectuales, hacía que guardara un bajo perfil. Eso explica en parte que su obra la escribiera bajo el pseudónimo de *Physicien de Nuremberg* (“médico de Núremberg”). Su ingreso en los círculos de intelectuales desde mediados del siglo 18 se logra en gran parte gracias a sus conocimientos del comportamiento de los animales en los parques naturales, conocimiento que ni siquiera Buffon –autor de una enciclopedia animal en 38 vols.– tenía (Martínez-Contreras, 1992).

Conoce a Diderot y éste lo invita a escribir varios de los artículos de la *Enciclopedia* en torno al comportamiento de los animales en los parques, pero también

⁴ El apellido Helvetius (1715-1771) es la latinización de su nombre suizo alemán, Schweitzer. Helvecio fue un ferviente creyente que el impulso más fuerte que tienen los humanos es el interés egoísta. A partir de ahí, se planteó, en el espíritu de la Ilustración, cómo lograr que los intereses individuales coincidan con el mejor interés general del pueblo. Se le puede considerar como un precursor del utilitarismo. El más conocido de sus siete libros es *De l'esprit* (1758), condenado por la censura inmediatamente.

uno sobre la moralidad del hombre. Para la enciclopedia escribe, además, el artículo de “instinto”, obra que refleja las creencias filosóficas y metafísicas expresadas en su libro más famoso, *Lettres sur les animaux* (1768).

Leroy va a defender a Helvecio cuando su libro *Sur l'esprit* (1758) es censurado y el autor amenazado; esto hace que él mismo sea a su vez atacado, pero por suerte no pierde el cargo de guardaparques que ostentaba.

Su libro, publicado como señalamos con el pseudónimo de “médico de Núremberg” (nadie sabe por qué buscó esa referencia a una ciudad y a una profesión), está constituido por una serie de cartas numeradas que empiezan a tener cierto reconocimiento en la gacetas –el medio de lectura más común en la época– a partir de 1762, seis años antes de ser reunidas en un libro; el autor es atacado también, pero con menor énfasis que a su amigo Helvecio.

Leroy asiste también a los famosos salones que los intelectuales de la Ilustración frecuentaban, entre ellos el de la Sra. D'Angivillier, quien lo protegerá. Es para ella que escribirá las *Letras sobre el hombre* (*Lettres sur l'homme*), como lo demuestra la dedicatoria a ella de la segunda edición de 1781. Otros escritos posteriores solo verán la luz varios años después de su muerte, en la edición de 1802. Esta edición será muy importante en la medida en que el Dr. Robinet, discípulo de Comte, hará que éste ponga de relieve la importancia de los trabajos del guardaparques intelectual⁵. En estas últimas cartas, el autor ataca más fuertemente a los intelectuales que hablan, como los filósofos, sin

⁵ Obra en preparación por Michel Bourdeau.

tener una experiencia real de contacto con la vida cotidiana de los animales, como los cazadores: “es a éstos que corresponde apreciar la inteligencia de los animales” (Leroy, 1802: 77). Estas palabras recuerdan las actitudes de un De la Mettrie (1709-1751)⁶, gran enemigo del cartesianismo, que se burlaba de los filósofos de salón.

En la carta 2, Leroy dice:

El interés produce la atención, la atención desenreda a las circunstancias que caracterizan al objeto y que lo hacen distinguirse de otros: la repetición de los actos logra enseguida juicios tan rápidos y fáciles como seguros. De esta forma, *los animales son perfectibles* (itálicas nuestras); y si las diferencias entre las especies ponen límites en cuanto a la perfectibilidad de cada especie, es claro que todas gozan hasta cierto nivel de esta ventaja, ventaja que necesariamente debe de pertenecer a todos los seres que tienen sensaciones y gozan de memoria (Leroy, 1768, carta 2: 92).

Esta idea marca una etapa sin precedente en la historia del concepto de perfectibilidad. Para Buffon, por ejemplo, es claro que los animales no inventan ni perfeccionan nada y que siempre hacen las cosas de la misma manera (Martínez-Contreras, 1992). Llama en efecto la atención que el autor del concepto de

⁶ Médico “materialista”, De la Mettrie publicó *El hombre máquina* en 1748, como una provocación al animal-máquina de Descartes. Si los animales son máquinas, lo humanos también los son.

“transmutabilidad”, que es Buffon, pueda ser tan cartesiano al esgrimir semejantes afirmaciones en relación con los animales no humanos. Buffon va aún más lejos, pues afirma que habría animales desprovistos de entendimiento, de memoria, de inteligencia y de cualesquiera de las facultades de los humanos (*ibid.*).

Leroy afirma, por su parte, que la perfectibilidad depende precisamente de la naturaleza de sus sentidos, pues de dónde entonces puede venir la prevención que uno nota en muchos de ellos. Leroy se hace responder por el propio Buffon, quien hubiera afirmado que “todas las maniobras son relativas a su organización y dependen del sentimiento que no puede, en grado alguno, producir el razonamiento y menos aún producir intuiciones preventivas, es decir, esta previsión del futuro que se les atribuye (Buffon, 1753, 1954: 328, 347, 349).

Condillac, autor muy leído por Leroy, escribió en relación con los animales: “digo que inventan, que perfeccionan; ¿qué es la invención sino el resultado de sus descubrimientos y de muchas de sus comparaciones?” (Condillac, 1746: 105). Este autor en efecto levanta al animal a un grado superior puesto que les permite inventar, pero paradójicamente Condillac no les atribuye perfectibilidad alguna: “empujados por sus necesidades y teniendo pocas cosas que aprender, los animales llegan de golpe al punto de perfección que pueden alcanzar; pero se detienen ahí, no imaginan siquiera que pueden ir más allá” (Condillac, 1746: 447, nota 1).

Por su parte, Leroy va a elevar al animal aún más. Les otorga plenamente la capacidad de perfectibilidad, lo que es una idea preevolucionista sin duda. Buffon era al final de cuentas un cartesiano (Martínez-Contreras, 1992) y creaba una distancia absoluta entre los hombres y los animales al atribuirles a aquéllos la capacidad de pensar, cuya prueba era el uso del habla, y esto poco importaba de la forma de su cuerpo: se podía ser hotentote o europeo, pero si se hablaba, se era igual de humano. Es decir, Buffon era un pensador no racista, pero también, y al mismo tiempo, un antropocéntrico. Para Buffon, sólo los humanos tendrían alma. Leroy, como los darwinianos un siglo después, adopta una posición gradualista: los humanos se distinguen de los animales en diferencias de grado en ciertas habilidades, así que las diferencias del animal al hombre no son absolutas sino de rango.

Rousseau, por su parte, consideraba a la perfectibilidad como una característica humana única: es claro que para Rousseau el hombre había podido abandonar para siempre su estado primitivo para poder realizar un contrato social. Para Rousseau también los animales, quienes se convierten rápidamente en lo que deben de ser, pudieran perdurar miles de años teniendo las mismas actitudes, no aprendiendo nada. Esa es la idea general de una de sus obras más importantes, el *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (1753). Pero como sabemos, el suizo otorgaba a los hombres poca solidaridad. Este es precisamente otro criterio de carácter evolucionista que va a poner en la mesa Leroy, lo que él

llama *compasión*, y que se asemeja a lo que Comte llamará más tarde *altruismo*, fenómeno que Darwin analiza en sus estudios biológicos de apoyo entre individuos de la misma tropa ante depredadores (Martínez-Contreras, 2010).

La idea de compasión la va a retomar Comte a través de Robinet, como señalamos, destacando lo buen observador del comportamiento de los animales que este lugarteniente de la caza real era. Leroy atribuye a los animales una moralidad, una de cuyas expresiones es la compasión, como dijimos, lo que sería inaceptable para Descartes y para Buffon.

En realidad, Leroy va a sobresalir como un pensador que se apoya en su experiencia empírica para rebatir a toda la maquinaria, valga la imagen, cartesiana. En efecto, el pensamiento dualista de Descartes reposaba sobre la atribución exclusiva de la razón a los humanos, razón cuya existencia era manifestada por el lenguaje. Los demás seres vivos “animados” lo eran como simples máquinas. Es interesante hacer notar que Descartes crea una ruptura con el pensamiento clásico griego, probablemente por su oposición a la escolástica que atribuía posibles almas a los animales. El concepto de compasión es un claro ejemplo de “grado”: todos los animales lo tienen, en diferente grado. Romper el dualismo es el mejor instrumento de combate al cartesianismo.

La experiencia de la caza supone una familiarización con el animal en la medida en que el cazador debe de anticiparse a las acciones de su presa. La finalidad práctica de la caza implica entonces el conocimiento de los motores o “resortes” del

comportamiento animal. Al respecto, Leroy afirma “pienso que lo importante para conocer a los animales no es tomar en cuenta sólo hechos aislados. Lo que es importante examinar es su conducta cotidiana, el conjunto de sus acciones, siempre modificadas por las circunstancias” (Leroy, 1768: 77).

Leroy es la imagen misma del “cazador etólogo”, en la terminología de Lorenz (1978) garantiza una competencia y un trabajo de campo, a diferencia de la observación de animales en cautiverio. Leroy dice:

pienso que sólo se debe de hablar de las especies que tenemos bajo los ojos y sobre las cuales uno puede observar todas sus acciones; pienso que además uno debe de poder elegir entre éstas aquellas que por su organización o por su moralidad puedan tener analogías con las nuestras. Los insectos, por ejemplo, están muy lejos de nosotros(...) La república de los conejos, la asociación de los lobos, las precauciones, los ingenios bien característicos de los zorros, la sagacidad que demuestran los perros en sus relaciones múltiples con nosotros, son más instructivas que todo lo que se dice sobre la industria de las abejas (*ibid.*: 71).

Tal vez en esto podemos no estar de acuerdo. Contemporáneo de Buffon era el entomólogo Réaumur (1683-1757), quien había hecho extraordinarias observaciones sobre los insectos. Tal vez Leroy no lo leyó. Pero, sea cual fuere el caso, Leroy nos propone un acercamiento de campo al estudio de los animales.

A continuación, Leroy localiza los compromisos de su investigación que

corresponden a lo que ahora llamaríamos el etograma de los animales, es decir la lista estructurada de sus comportamientos naturales. Por ello, no quiere meterse en los debates sobre el alma de los animales; dice: “no sabremos tal vez jamás cuál es la naturaleza del alma de las bestias, pero debemos convenir que poco importa (*ibid.*: 79).” Tratemos de recordar la aporías etológicas de la época, ligadas todas con las tesis de Descartes. Éste localizaba el carácter esencial del lenguaje en la liga invisible de la palabra y del pensamiento, de tal suerte que, a partir de esa creencia, podía afirmar tranquilamente “como una cosa demostrada que no podría haber pensamiento en los animales” (Descartes, 1647, 1903: vol. 5: 276), desarrollando de ahí su tesis de que los animales serían sólo máquinas.

La teología, por su parte, con el fin de preservar la eminencia del hombre, creado a la imagen de Dios, podía difícilmente admitir una tesis diferente a la del automatismo. La escolástica que, contra Descartes, atribuía a los animales un alma sensible, se identificaría con la objeción de Pierre Bayle (1647-1706) al autor de *Le discours de méthode* (1637), quien afirmaba “si un alma sensible es capaz de todas esas cosas, pudiera hacer todo lo que el alma del hombre produce (...) y si Ud. habla de un principio corpóreo que es capaz de producir eso que los monos hacen, yo pudiera sostener que un principio corpóreo pudiera ser la causa de todo lo que los hombres tontos realizan; pero como se trata de la misma materia, también de todo lo que los hombres hábiles pueden hacer” (Bayle, 1702: article “âme”). Bayle abre así la puerta al materialismo a partir del propio Descartes. Por otro lado, hay que decir que si los

animales son máquinas, tenemos el riesgo de hacer del pensamiento humano y de sus acciones algo maquinal. Añade Bayle que si Dios pudiera fabricar semejante máquina, pues obviamente pudiera fabricar otras parecidas o iguales, de tal suerte que dudaríamos de nuestra propia razón así como de el hecho de que los otros hombres pudieran pensar. Ambos argumentos son semejantes y ambos pueden ser vistos como amenazantes hacia cierta concepción de la religión cristiana: una que excluiría toda alma en los animales.

En la *Encyclopédie*, el abad Claude Yvon (1714-1791) va a poner más clavos en la tumba de los animales máquinas, al afirmar en el artículo “*Âme des bêtes*” (Yvon, 1751) que la “opinión de las máquinas” salvaba la bondad de Dios y la inmortalidad del alma, pues al ser máquinas no podían tener un alma inmortal, pero ese argumento era innecesario ante la inmortalidad de Dios.

A partir de este debate, que aprovecha Leroy, va a afirmar que hay que evitar falsos problemas. El debate sobre la naturaleza del alma de los animales no tiene sentido pues no se puede zanjar de ninguna manera que no sea teológica. El problema real está en el análisis de la facultades de las que los animales están realmente dotados (*Ibid.*: 79). Sobre este punto se acerca a las tesis de Condillac que no quería ocuparse del sistema de los seres vivos, sino de sus operaciones y, al colocarse sobre un terreno empírico, evitaba ser acusado de ateo: si la religión se ocupa de la inmortalidad del alma, podemos aceptar que la nuestra es inmortal. Este conocimiento proviene de una revelación. Por ello, concluye Leroy, la Iglesia no puede sentirse amenazada porque

uno se interese en el examen de las facultades de los animales.

Una vez liberado de problemas teológicos, Leroy se acerca al alcance filosófico de sus investigaciones. Para ello, distingue dos aproximaciones a la etología; una que se acerca a lo que llamamos actualmente un etograma de cada especie y, otra, a las consideraciones del trabajo de campo:

la forma, interna y externa, la duración del crecimiento y de la vida, la manera de alimentarse, las inclinaciones dominantes, la manera y tiempos de los acoplamientos, de la gestación, etc., son objetos que están a la vista y sobre los cuales hay que estar atentos; (el segundo punto) pero seguir al animal en todas sus operaciones, penetrar en los motivos secretos de sus determinaciones, ver cómo las sensaciones, los obstáculos, las impresiones de todo tipo que asolan a un ser sensible, que multiplican sus movimientos, modifican sus acciones, extienden sus conocimientos, es lo que me parece especialmente del dominio de la filosofía (*ibid.*: 80-81).

Inventario y exploración son dos campos de la etología contemporánea que Leroy pone de relieve con éxito. Por otro lado, tiene la gran ambición filosófica de pasar del comportamiento animal a la discusión de viejos problemas filosóficos, como aquellos ligados con la moralidad.

En efecto, la investigación sobre los animales va a revestir rápidamente una preocupación antropológica: “observando las acciones producidas por la sensibilidad que poseen los animales, se pueden adquirir luces sobre el detalle de las operaciones de

nuestra alma, en relación con las mismas sensaciones” (*Ibid.*: 80).

Se trata sin duda de un proyecto empírico. En vez de definir al hombre de arriba hacia abajo, como lo hace la teología, Leroy quiere partir de lo describable empíricamente para llegar a la filosofía que se ocupa de los principios. Y, más allá de la antropología, se trata de buscar el principio motor de la vida:

todos los seres organizados que el creador ha reunido para ornar al universo tienen un principio común de acción que no se puede ignorar: éste es modificado en cada especie por las diferencias en su organización. Pero si examinamos los efectos con atención, se lo reconoce en todas sus modificaciones; los animales, observados desde este punto de vista, me parecen volverse más interesantes aún (*Ibid.*: 79).

Lo mismo se puede decir de la inteligencia y de otras funciones, es porque las podemos comprobar en los animales que podemos afirmar que existen en los hombres también.

Y, poniendo otra vez las cosas de abajo hacia arriba, el hecho de que los animales sean perfectibles hace que los hombres lo sean también, sin ninguna ayuda conceptual de la teología. Leroy se apoya en efecto fuertemente en el campo del empirismo, un poco a la manera de los etólogos contemporáneos: hay que describir el comportamiento de los animales tal como se manifiesta, no tal como debiera ser en la mente de alguien.

En conclusión, podemos ver cómo un hombre culto, como Leroy, pero sin formación filosófica o científica, parte del estudio empírico de los animales —yendo sin

duda más allá de los requerimientos de su trabajo—, para proponer una etología antes de la letra dentro de una perspectiva pre-evolucionista, tal como la podemos ver en el concepto de perfectibilidad. Los animales no son, como las máquinas, siempre idénticos a sí mismos; se perfeccionan y cambian. Si utilizáramos “adaptación” en vez de “perfectibilidad”, tendríamos un discurso evolucionista antes de la letra, antes de los escritos de Lamarck.

Por otro lado, hemos visto cómo Leroy es un precursor de la etología al proponer verdaderos etogramas de los animales que observa y al buscar las fuerzas motoras de todos ellos. Ahora sabemos que incluyen supervivencia, alimentación y reproducción. Parece que Leroy lo sabía, pero el tema de la reproducción como “motor” era muy peligroso de ser exteriorizado en sus tiempos.

Leroy es un etólogo ilustrado en el sentido de que cree en el progreso de la razón, incluso en los animales, gracias a su perfectibilidad. Es por ello que denominamos este trabajo *Leroy, precursor de la etología ilustrada*.

Referencias

Ediciones de Leroy sobre *Lettres sur les animaux*.

Lettres philosophiques sur l'intelligence et la perfectibilité des animaux, 1^a ed. (aparece como autor el “médico de Nuremberg”), Nuremberg, 1768.

Lettres philosophiques sur l'intelligence et la perfectibilité des animaux, nouvelle édition augmentée, 2^a ed., Paris, Saugrain, 1781.

Lettres philosophiques sur l'intelligence et la perfectibilité des animaux, (...) nouvelle édition à laquelle on a joint des lettres posthumes sur l'homme du même auteur, 3^a ed., Paris, Bossange, Masson et Besson, 1802 (an X).

Lettres philosophiques sur l'intelligence et la perfectibilité des animaux, précédée d'une introduction du Dr Robinet, Paris, Poulet-Malassis, 1862.

Lettres sur les animaux par Georges Leroy, Paris, librairie Vigot frères, 1896. [5^a ed.].

Otros autores citados:

Bayle, Pierre (1702) *Dictionnaire historique et critique*, Rotterdam, Reiniers Leers.

Buffon (1753,1754) *Discours sur la nature des animaux* [1753, 1954], en Piveateau, *Œuvres philosophiques de Buffon*, Paris, P.U.F.

Condillac, Étienne Bonnot de (1746, 1987) *Traite des animaux*, Paris, Vrin.

Descartes, René (1903) *Œuvres de Descartes*, (d'Adam & Tannery, édits), Paris, Cerf.

Lorenz, Konrad (1978) *Les fondements de l'éthologie*, Paris, Flammarion.

Martínez-Contreras, J. (1992) “Des mœurs des singes. Buffon et ses contemporains”, en J. Gayon & J. Roger (eds.), *Buffon 88*, Paris, Vrin: 557-568.

Martínez-Contreras, J. (2010) “Darwin's Apes and ‘Savages’”, en *Comptes Rendus Biologie*, 333: 166-173.

Martínez-Contreras, J. & Montiel-Castro, A. J. (2013). Estudios pioneros sobre la etología del orangután : Frédéric Cuvier en 1810, México, CEDAR-publicaciones en línea: http://www.centrodarwin-uam.mx/ESTUDIOS_PIONEROS_SOBRE_LA_ETOLOGIA_DEL_ORANGUTAN_LAS_OBSERVACIONES_DE_FREDERIC_CUVIER.html

Rousseau, J. J. (1753) *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*.